

## **EN HOMENAJE AL CARDENAL JOSEPH RATZINGER**

*Monseñor Antonio Moreno Casamitjana*  
Arzobispo de la Sma. Concepción

No he podido negarme a la invitación de mi amigo Fernando Moreno, en nombre de la Universidad Gabriela Mistral, y de su Rectora, Sra. Alicia Romo, a decir unas palabras de introducción en este homenaje al Cardenal Joseph Ratzinger, Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, consciente de mis limitaciones de todo orden para hacerlo convenientemente. Otros se referirán a su obra y a sus enseñanzas con la profundidad debida. Por mi parte, respondiendo a la amable petición, con la que me siento muy honrado, quiero expresar lo que con justicia debo llamar mi admiración y gratitud hacia el Cardenal Ratzinger.

Reconocimiento de quien admira la obra gigantesca realizada a lo largo de su vida de profesor e investigador en la ciencia teológica, y especialmente en el importante y delicado cargo que le Santo Padre, Juan Pablo II, le ha encomendado como Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Mi gratitud hacia el Cardenal Ratzinger refleja, sin duda, la de toda la Iglesia. Personalmente he aprovechado mucho sus publicaciones cuya lectura ha impreso en mi el ejemplo de un auténtico intelectual cristiano profundo, bien informado, valiente, respetuoso de las opiniones de los demás, pero muy claro en la exposición de la doctrina. Como lo vi actuar en las sesiones de la Pontificia Comisión Bíblica, en su papel de Presidente, y en diversos congresos, seminarios y reuniones sobre temas siempre de actualidad y vitales para la Iglesia y para el ejercicio de su misión en el mundo; la misión que ella ha recibido de Cristo. Junto a Juan Pablo II y en total sintonía con el sucesor de Pedro, el Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe ha sido, sin lugar a dudas, una luz y un pilar que ha prestado un servicio providencial a la Iglesia y de manera especial a la jerarquía en el

ejercicio de su magisterio, en medio de la crisis de principios y valores que marca la cultura de nuestro tiempo.

El cardenal Ratzinger nos muestra el camino y las condiciones del verdadero y necesario diálogo con la cultura. Un diálogo que no signifique mimetizarse con ella sino escuchar con atención sus propuestas para saber presentar con claridad las exigencias de la razón que no puede contentarse con menos que la verdad, en un mundo en el que el liberalismo filosófico busca imponer sus postulados relativistas y subjetivistas.

La negación de la verdad es necesariamente la negación de Dios que, junto con ser amor, es Logos (Razón), como lo ha expuesto recientemente el Cardenal Ratzinger en un discurso pronunciado en la Sorbona y en las precisiones es que se vio obligado a hacer a continuación. Un Dios que no desanima las exigencias de la razón sino que la exalta; un Dios que deja que el amor se diluya en el puro sentimiento, incluso el amor a El en un puro sentimiento religioso, sino que eleva a la perfección del amor, invitando a la criatura a imitar, más aún, a participar del amor de Dios.

Es claro que esto resulta difícil de aceptar para el hombre moderno. Que el amor sea entregar la vida por otro, porque así lo ha hecho Dios por nosotros. Pero si no se puede concebir que la perfección de la vida esté en darla, es, en el fondo por que no se acepta, por la influencia de una falsa filosofía que inspira nuestra cultura, que exista la verdad, e.d., algo que se identifica con el ser, con lo que realmente es. O, según la concepción hebrea de la verdad, lo que es firme, sólido, lleno de contenido real (no "vano" o vacío); aquello en lo que uno puede, en definitiva, apoyar toda su vida; tomar decisiones permanentes, definitivas, que realmente comprometen la vida.

Sin duda, el Cardenal Ratzinger, está muy identificado con el Papa Juan Pablo II en su defensa de la verdad y de la capacidad del hombre para alcanzarla, de la íntima relación entre la verdad y la fe, y en la defensa de la vida, cuya suerte está relacionada con ambas: con la verdad y con la fe.

Los llamados del Magisterio de la Iglesia a aceptar la verdad, para la que estamos hechos, y a vivir de acuerdo con ella, es tachada de mentalidad totalitaria y de afán de poder. Es

exactamente al contrario, como lo han advertido ya Juan Pablo II y el Cardenal Prefecto.

No hay nada más manipulable por el poder político que el relativismo moral.

A falta de una verdad (filosófica y moral) alcanzable por la razón, válida para todos, a la que todo ser humano debería someterse (así sea el mismo rey, como predicaba el Deuteronomista. 1Sam. 12,24s), quien dicte las normas necesarias para el buen funcionamiento de la sociedad será quien detente el poder. Ese es el verdadero camino al totalitarismo. Lo que permite la libertad, dice el Cardenal Ratzinger, es la verdad que se alcanza por la razón, el Logos; y, en sentido más elevado, la verdad que recibimos de Dios, revelado por su Logos, quien, al encarnarse, está diciendo que no contradice a la razón ni a la naturaleza humana.

Asistimos hoy a una situación peligrosa. El avance extraordinario de las ciencias y de la tecnología plantea cuestiones respecto de las cuales el poder político debe tomar decisiones éticas, pero carece de principios para hacerlo. Inevitablemente cederá a quienes ejerzan mayor presión porque tienen mayor poder. La tentación es el control total de la vida humana, desde su origen a su muerte. Frente a este peligro, bien real, no hay otra posibilidad para la dignidad del hombre y para la custodia de sus derechos, que la recuperación del amor a la verdad como objetivo de la razón que se le ha dado al hombre para alcanzarla, a fin de poder fundar en ella los necesarios consensos para una vida en sociedad que hoy no puede ser sino planetaria.

Los síntomas que advertimos van dejando en claro que de lo que se trata, en definitiva, es de la vida. Ella parece ser el objetivo último de la capacidad de manipulación que ha alcanzado el hombre. Llama la atención que haya tribunales internacionales preocupados del trato que se da a los animales, pero no hay uno sólo que reaccione frente a los atentados masivos contra la vida humana más indefensa, la del no nacido.

En una reciente conferencia el Cardenal Ratzinger lleva su reflexión a lo que, en realidad, es la razón última de estas actitudes que entrañan amenazas a la vida y a la dignidad humanas: el olvido de Dios. En una reciente conferencia suya sobre "La eclesiología de la *Lumen gentium*", el cardenal Ratzinger

expresa su convencimiento de que la pregunta a la que el cristiano debe hoy día dar respuesta es nada menos que la pregunta sobre Dios. "El Concilio Vaticano II –dice- no fue sólo un Concilio eclesiológico, sino ante todo y sobre todo, habló de Dios... del Dios que es Dios de todos, que salva a todos y es accesible a todos". El Concilio, dice el Cardenal Ratzinger, quiso proponer una eclesiología en sentido propiamente teológico, aunque la acogida del Concilio haya omitido hasta ahora esta característica determinante.

Esto tiene consecuencias de fondo en la comprensión del Concilio Vaticano II, en las que –por supuesto- no es el momento de entrar. Pero cuando nos reunimos para destacar los méritos del Cardenal Ratzinger y la importancia de su enseñanza, podemos afirmar que con estas percepciones y estas advertencias está cumpliendo el verdadero concepto del "teólogo". Todo su pensamiento, toda su reflexión apunta a Dios y procede desde la contemplación de Dios y de su Verbo, por medio del cual Dios ha querido revelarnos su verdadera naturaleza. Sin pretender extremar las comparaciones, se puede decir que el Cardenal Ratzinger comprende la misión del teólogo como lo ha comprendido el cristianismo oriental cuando da a San Juan, el título de "el Teólogo". Juan es el evangelista que define su misión con estas palabras: "os anunciamos la vida eterna, que estaba con el Padre y que se nos manifestó, lo que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estemos en comunión con el Padre y con su Hijo, Jesucristo" (1Jn. 1,2-4). Y desde esta certeza es que el Cardenal no se cansa de decir que la Iglesia, sacramento de comunión desde la unidad de la fe, tiene la misión de hablar de Dios, y no tanto de si misma y de sus problemas institucionales.

Agradezco la oportunidad que me ha brindado la Universidad Gabriela Mistral de expresar con estas palabras mis sentimientos respecto a la persona y la obra del Cardenal Joseph Ratzinger, seguro de que de las exposiciones que seguirán se desprenderán con mayor claridad y evidencia las razones por las cuales la Iglesia contemporánea es deudora de la obra por él realizada; y no sólo la Iglesia sino cuantos se preocupan por los graves problemas que enfrenta la cultura moderna y buscan la verdad con un corazón sincero.